

# Pluma y tintero

## LA ZAGALILLA DE AGUAS BLANCAS

### CUENTO JIENENSE

**José Quesada García**

En una fría mañana de diciembre de 1905, en los olivares de una finca jienense llamada "Aguas Blancas" varios grupos de aceituneros se arremolinan en torno de las lumbres; casi todos ellos toman un bocado antes de empezar la tarea de la recolección de los negros frutos.

Huele a la grasa de marrano que se derrite en las ascuas de las lumbres y a la leña verde de olivo. Casi por tocas, cada uno va sacando de las ascuas su trozo de tocino, careta y alguno con más suerte algún chorizo, ponen la engañifa encima de un cacho de pan y dan un paso hacia atrás y dejan el sitio a otros. Otros aceituneros sólo se calientan, ya que antes de venir al tajo se han comido las migas nada más levantarse.

Después de tomar el bocado, algunos hombres lían un cigarro, las mujeres calientan algunas piedras al lado de la lumbre para luego guardarlas en los bolsillos de los refajos, que les servirán para calentarse las manos arrecidas a causa del frío y de los hielos; pero todos están pendientes a que Pedro Cocote que es el manigero de la finca, mire su reloj de bolsillo y muy seriamente diga:

-¡Vamos, que ya es la hora, cada uno a su tajo!

Los hombres se van despegando de las lumbres y se dirigen hacia los olivos en los que en la tarde de ayer dejaron las varas y garrotes cubiertos con las ramas de los árboles para que no se helasen, allí también se encuentran los baleones, que empiezan a desplegar debajo de los olivos y, poniéndoles las cañas para que no se salga la aceituna de los mismos, empiezan con el avareo de la aceitunas. En cada cuadrilla van tres o cuatro hombres, y entre unas y otras van con la picaille de ver qué cuadrilla acaba antes su hilada de olivos.

Las mujeres también se dirigen a sus tajos, unas a los olivos a recoger las aceitunas que se han caído por la acción del tiempo o las que se han escapado de los baleones después del avareo, otras se dirigen a las cribas en donde limpiarán los frutos de hojas, tierra y piedrecitas. El trabajo de las mujeres es incluso más duro que el de los hombres, ya que las pobres tienen que estar todo el día arrodilladas y recogiendo los frutos con los dedos;

las manos se les quedan frías y recurren al bolsillo de piedras calientes, las rodillas y la espalda no responden al acabar la jornada; pero ellas no se quejan, ya saben que hay que aprovechar estas temporadas de trabajo y ayudar con estos jornales para criar a los hijos.

Cerca de las lumbres queda el ható de los jornaleros; las barjas, alforjas y talegas con la comida están colgadas de los olivos en prevención de que ningún perro las coja y se coma su contenido. También a un lado hay un par de cántaros de agua y un cazo para beber y aplacar la sed que da el galufo asado. Y junto al ható y algunas albardas y agüeras han quedado varios zagalillos; unos muy chiquitillos metidos en mantas y otros más mayorcillos cuidando de los primeros y de que las lumbres no se apaguen.

Entre las mujeres que van rebuscando la aceituna, hay varias niñas que ayudan a sus madres. Una de ellas es María de los Amores, una zagala de unos diez años, hija de Miguel García y de Teresa López. Es una zagala muy especial para todos los que la conocen y saben de su desgracia y es muy querida por todas las gentes de la finca de "Aguas Blancas" y de todos los cortijos cercanos.

María de los Amores es la tercera de seis hermanos; sus dos hermanos mayores de dieciséis y catorce años ya van trabajando en la vara de su padre y el manigero los cuenta como jornaleros a la hora del pago; detrás de ella hay otros tres zagalillos, una de siete años, que allí en el ható cuida de uno chico de cuatro y de una zagalilla de un año. Aparte de estos hermanos, María sabe por oídas que su madre ha perdido un par de barrigas y que lo más seguro es que esté otra vez preñada, pues los gestos y movimientos de su madre Teresa no pasan desapercibidos a las demás mujeres que pronto empiezan a murmurar sobre su nuevo estado. La zagalilla Amores es como la conocen todos, y dicen que quien le puso este nombre no se equivocó, ya que la zagalilla se preocupa y da amor a todo el que lo necesita, siempre con mucha gracia y sin pedir nada a cambio.

Hacía varios años que la zagala sufría una grave enfermedad, y es que estando con cinco o seis añillos sus padres tuvieron que llevarla al médico del pueblo, porque a veces a la niña le daban ataques, entonces a la criatura le dolía el pecho, se ponía morada y apenas podía respirar. Don Arturo Cerdá, que era el viejo médico de Cabra del Santo Cristo, después de examinarla en varias ocasiones, llegó a la conclusión de que la zagalilla tenía un gran corazón; tan grande, que lo era más que la caja torácica que lo contenía. Don Arturo les dijo a los padres que había que esperar a que la zagalilla llegase a la edad en que pasase de niña a mujer, y esperar a que en la transformación de su cuerpo, la dolencia se curase por sí sola. Si ésto no ocurría así, habría que llevar a la zagala a Granada, en donde don Arturo tenía unos colegas que la podían operar. Mientras tanto el viejo galeno les mandó algunas medicinas y les dijo a los padres que se la llevasen a su consulta tres veces por año, aparte de que si sufría algún ataque de ahogo, lo llamasen o la trajesen a su casa, así seguiría estudiando esta enfermedad e iría preparando el terreno para la operación por si fuese necesario.

María de los Amores era una zagalilla de ojillos negros chispeantes, cuerpo menudo y gracioso con una sonrisa eterna en sus labios; labios que en algunas ocasiones se volvían azulones y dejaban a la niña indefensa y apagada durante un tiempo. Amores sabía de su enfermedad y también sabía que sus padres no tenían el dinero para la operación de la que hablaba don Arturo, pero confiaba en su fe y en la ayuda de la demás gentes. Ella soñaba despierta y se veía subida al tren que pasaba por la estación de Cabra y Alicún, y que la llevaría a Granada, donde los doctores amigos de don Arturo la curarían, luego regresaría otra vez a su casa ya curada y sin miedo a correr, saltar y jugar con los otros zagalillos de los cortijos de “Aguas Blancas Bajas”.

Mientras Amores, seguía soñando y era feliz con su familia, las gentes que la conocían y sabían de su drama, la atendían y se preocupaban de ella y lo hacían dentro de las posibilidades de cada uno. Diego Pajares que era el zagalón que repartía el pan semanalmente por los cortijos, a ella le traía un pan grande, blanco y tierno; pero la zagalilla cogía el pan y se lo daba a sus hermanos más pequeños, guardando un buen trozo para la abuela Fausta que ya no tenía dientes. La abuela Fausta vivía en la puerta de al lado y ya estaba muy torpe de las piernas para salir a trabajar al campo, así que pasaba los días enteros hilando en su vieja rueca y tejiendo algunas prendas de lana, a la vez que echaba un ojo a los pucheros que se iban cocinando al calor de la lumbre de la chimenea. Fausta agradecida del detalle de la niña, le teje alguna prenda de abrigo y la obliga a ponérsela, sabiendo que la zagalilla tiene tan buen corazón que es capaz de regalarle la prenda a cualquiera que esté más necesitado que ella. Juan Tomé, el guarda de la finca, le dijo un día a Miguel García que si algún día mataba alguna pieza de caza, nadie se iba a enterar, y que la carne de caza sería buena para el crecimiento de la zagalilla Amores. Por otra parte Manuel Quesada, que es el pastor de estos parajes, les ha dejado dos cabras lecheras encerradas en los corralillos del cortijo para que a los zagales no les falte la leche, y cuando en la majada pare alguna cabra, el pastor ordeña la cabra y le trae los primeros calostros a la zagalilla; esta primera leche tiene mucha fuerza y también ayudará a la niña; pero Amores vuelve a repartir los calostros entre sus hermanos más pequeños.

Manuel, el pastor, siempre viene acompañado de su perra “La Mora”, animal por el que la zagalilla siente predilección y con la que salta y juega en cuanto la ve; “La Mora” también salta de alegría y juega con Amores, su instinto le dice que la zagalilla es una verdadera amiga y que puede confiar en ella; incluso el año pasado “La Mora” tuvo cachorros y no dejó que nadie tocara a los perrillos, pero cuando subió la zagalilla a la majada y se acercó al chozillo en donde estaba la perra con los cachorros, el animal no opuso ninguna resistencia a que la niña jugara con sus crías.

Los recoveros son los comerciantes que llevan los mulos cargados de ropas, zapatos, enseres de cocina y algunas cosas más y que van por los cortijos vendiendo estos productos a cambio de huevos y aves de corral, a veces también cambian por algunas fanegas de trigo y de muy tarde en tarde alguien le paga con dinero. Cuando los “Cristobicas”, que así es el mote con el que son llamados por aquí, llegan al cortijillo de Miguel García, y después de

trapichear con las mujeres y venderles la mercancía a cambio de los huevos y gallos, uno de los recoveros saca de las agüeras unas alpargatas pequeñas de cáñamo y de lonilla y se las da a María de los Amores, que les da las gracias al recovero y entra corriendo en el cortijo para enseñárselas a sus hermanos. El recovero también ha oído hablar de su enfermedad y ayuda como buenamente puede.

En los cortijos colindantes al de María de los Amores se crían un montón de zagales, que cuando sus padres les dejan un rato libre se reúnen entre ellos y aprovechan el tiempo jugando; y cuando juegan con la zagalilla, lo hacen con mucho cuidado, porque también saben de su enfermedad. A ella le gusta uno en especial que se llama Ramón Rubio y es de la familia de "Los Higos", que viven en los cortijos de enfrente. El zagalón es un poco mayor que ella, y está bastante alto, aunque cuando camina lo hace de una manera desgarbada y casi siempre viste calamitosamente, llevando las ovías rotas y los peales mal sujetos y medio arrastrando. Pero Ramoncillo le ha dicho muchas veces a la zagalilla, que ya son novios y que cuando pasen unos años y ella se cure, se casarán. Todos los demás críos saben de este noviazgo y animan a las dos partes a seguir adelante. María de los Amores es feliz rodeada de toda esta gente que la miman y cuida de ella.

A media mañana se oye un silbido; los aceituneros se paran, y al momento la voz del manigero Pedro Cocote. -¡Vamos a liarlo!

Es la hora de fumar y los hombres sacan el tabaco picado de sus petacas y también sacan el libretillo de papel, y rápidamente y con mucho arte lían los cigarros, luego alguien golpea unos chisques de yesca y da lumbre a los demás. Algunos zanguangos que ya fuman, se retiran del grupo de donde están sus padres y un par de olivos más allá se lían y fuman el tabaco; todo esto por respeto a fumar delante de un padre, si éste no te ha dado permiso todavía. Las mujeres aprovechan el paro del cigarro para ponerse en pié y estirar un poco la sarta, otras como la madre de Amores se acercan al ható y durante un rato le dan la teta a los zagalillos más pequeños y echan un vistazo a que todo esté en orden, incluso alguna acerca la olla un poco a la lumbre para que la comida se vaya calentando para el mediodía.

Otro silbido y la voz del manigero: -¡Venga, vamos a ver si le damos otro achuchón!-

Después del cigarro los hombres siguen moviendo baleones y dando palos a los olivos, las mujeres se vuelven a agachar a recoger las aceitunas en el suelo y van llenando sus espuestas pequeñas de esparto. Se ha levantado un poco de cierzo que trae el frío de las sierras nevadas hace un par de días, esto indica que se aproxima la Nochebuena y algunos jornaleros ya empiezan a cantar los típicos aguilandos y coplillas de estas fechas.

La zagalilla recoge aceitunas junto a su madre, y aunque se le quedan las manos frías va recogiendo y echando pequeñas almorzadas a la espuesta de esparto; de vez en cuando se mete las manos en el bolsillo del refajo en donde las piedrecitas calientes consuelan sus dedos arrecidos y morados. Ella como es más menuda se mete debajo de las ramas que están cerca de los troncos y rebusca las negrillas por esas zonas. Estando cerca del enorme

tronco de un olivo que debe ser centenario, Amores descubre que en el centro del tronco hay un gran hueco, y que en su interior una piedra del tamaño de una nuez con la forma de un corazón. Por un momento a la zagalilla le ha parecido que la piedra había brillado un instante, pero ahora que la había cogido con la mano le pareció un gabán del arroyo y se la guardó en el bolsillo del refajo, pensando que sería una buena piedra para calentarla en la lumbre.

Sobre mediodía el dueño de la finca, don Fermín Vidal aparece en el camino montado sobre su caballo tordo; le sigue una calesa en la cual van su mujer Clara y su hija Alejandra. El señorito saluda a las mujeres que están recogiendo la aceituna con un gesto seco; -buenos días- y sigue hacia donde están las varas, buscando al manigero; al tío Pedro Cocote. El carruaje se detiene en el camino cerca de donde las mujeres cogen arrodilladas las aceitunas, del mismo bajan doña Clara y su hija la señorita Alejandra. Estas saludan a las mujeres, que también se aproximan al camino y empiezan a entablar conversación con la dueña de "Aguas Blancas".

-¡Alejandra, saluda a estas señoras!- ordenó Clara a su hija.

-¡Buenos días señoras, espero que todas ustedes se encuentren bien!- dijo la niña Alejandra.

-¡Buenos días nos dé Dios señorita Alejandra!- respondieron las aceitunereras.

-¡Y qué bonita y educá que es la señorita Alejandra!- dijo una mujer.

-¡Mirad que bien habla, bien se nota que está en un colegio de la capital!-agregó otra de ellas.

-¡Y qué primor, que bien viste que parece una mujercita y de guapa, igualica que su madre cuando era pequeña!- dijo una mujer mayor que había conocido a la señora Clara cuando aún era una niña.

María de los Amores que estaba unos olivos más atrás, se acercó al camino en donde las aceitunereras conversaban con las dueñas de la finca. Según se acercaba podía oír las palabras de elogio de las jornaleras con respecto a la niña Alejandra; ella se acordaba de la niña, que sería más o menos de su edad, la había visto durante el último verano allí en los caseríos de arriba y en esa época también le pareció que Alejandra era una niña muy bonita y de gestos muy educados; aunque cuando habló con ella, tuvo la sensación de que la niña Alejandra era una niña que se sentía muy sola, siempre rodeada de gente mayor, quienes procuraban que la niña no se relacionase ni jugase con los zagalillos de los jornaleros. Alejandra vio venir a la zagalilla y sonriente la saludó con un movimiento de mano:

-¡Hola Amores! ¿Cómo estás?

-¡Muy bien, señorita Alejandra!- respondió tímidamente la zagalilla.

La señora Clara seguía charlando y preguntando a todas y cada una de las mujeres por sus familias, mientras Amores y Alejandra escuchaban en silencio y se observaban mutuamente. En un momento e inconscientemente la zagalilla Amores metió una mano en el bolsillo del refajillo y sus dedos tocaron la piedra en forma de corazón que había encontrado en el tronco del olivo, luego sin darse cuenta la mano fue apretando más y más fuerte a la piedra; a la vez que esto sucedía, Amores sentía que su pecho le ardía y que mirando ahora a la señorita Alejandra unos sentimientos hasta ahora desconocidos se apoderaban de ella; sentimientos de vergüenza, odio, rencor y sobre todo envidia.

Sí, sentía vergüenza de sí misma, porque viendo allí delante a la señorita Alejandra; una niña rubia de pelo rizado, piel blanca casi de porcelana, vestida como una princesa de rosa, incluso el gorro de lana era de ese color, las piernas las cubría con unas polainas y calzaba unos botines de piel, forrados por dentro de lana para no pasar frío, y cubría su cuerpo con un buen abrigo de paño fino, de esos que sólo llevan los ricos. Luego Amores se miraba a sí misma y se ponía a comparar; ella llevaba el pelo escondido por un pañuelo atado al cuello, vestía una camisilla y unos abrigoillos en la parte de arriba, y abajo llevaba un par de refajillos, su madre le había arreglado unos calzones de sus hermanos mayores y se los había puesto a la zagalilla, para quitarle el frío de las piernas y para tapar sus vergüenzas; los pies los llevaba liados en unos peales de lana y calzaba las alpargatas que le habían dado los recoveros. Tenía la cara y las manos cortadas del frío y del sol, además estaba muy sucia debido a estar arrastrándose por los suelos y a las manchas que producían las aceitunas muy maduras al ser recogidas.

Seguía Amores apretando fuertemente la piedra; el odio y el rencor que nacían en su corazón, se hacían cada vez más grandes en contra de la niña Alejandra. Pero el sentimiento que ahora más dominaba a la zagalilla, era la envidia; envidia hacia la niña rica y todo lo que representaba ser la hija del dueño de “Aguas Blancas”.

Le quemaba tanto la mano que la abrió y cayó la piedra junto a las otras, Amores se extrañaba de las sensaciones tan raras que le acababan de ocurrir y despidiéndose de las dueñas de la finca se fue cabizbaja y pensando: “yo no puedo ser tan mala y pensar así”.

Se marchó la zagalilla hacia donde estaba el hato, no dejando de pensar en lo que le había ocurrido en presencia de la señorita Alejandra. Echó un vistazo sobre sus hermanos, que estaban abrigaditos y cayados, luego se dirigió a la lumbre a atizarla y empezó a poner las piedrecitas a calentar, pues el día seguía estando frío y el cierzo no paraba de soplar. Sacaba las piedrecitas del bolsillo y las colocaba muy cerca del fuego para que allí se calentasen, pero cuando iba a depositar el gabán de forma de corazón, algo extraordinario ocurrió, y es que la piedra empezó a hablar y a cambiar de color:

-¡Por favor, no me echés al fuego, que me quemaré y romperé en mil pedazos, muriendo después; por favor escúchame y no me acerques al fuego!

La zagalilla se detuvo y asombrada contempló la piedra en la palma de su mano, después buscó con la vista por los alrededores a alguien de quien proviniese aquella

vocecita; pero no había nadie por allí cerca, solo los críos arropados cerca del hato y todos estaban calladitos. Amores volvió a pensar que aquello no podía suceder, que las piedras no hablaban y entonces fijó otra vez su atención a la piedra que tenía en su mano, que cambiaba de color a la vez que la voz bajita se volvía a oír:

-Se que estas pensando que las piedras no pueden hablar, pero yo soy una piedra mágica y quiero que escuches mi historia y que luego me ayudes.

¿Pero quién eres tú, y por qué te tengo que ayudar?; ¿no estaré soñando? Preguntó Amores.

-¡Calla y escucha con atención la historia que te voy a contar!- respondió la piedra, y empezó a contar la misma: - Hace mucho, mucho tiempo en los manantiales de estos parajes vivían algunas hadas de las aguas. Eran hadas buenas y cuidaban de que las aguas que manaban de los manantiales fuesen puras y cristalinas y que quien las bebiese viviera feliz y en armonía con el mundo que le rodeaba; cada hada tenía sus propios manantiales y todas se sentían felices de hacer bien su trabajo. Muchas veces se reunían; jugaban, saltaban y se divertían en las corrientes cristalinas de agua. Dando felicidad a los demás, ellas también eran felices. Pero un día apareció un duendecillo de esos que están metidos en las entrañas de la tierra; un duendecillo malo y muy envidioso, a quien cuando vio tanta felicidad en estos parajes, la envidia se apoderó de su corazón y con acciones malvadas intentó envenenar las aguas con hechizos de maldad y así borrar la felicidad de quienes bebían de los manantiales; pero las hadas se dieron cuenta y eliminaron sus hechizos ponzoñosos. Viendo el duende que así no conseguiría nada, fue y suplicó perdón a las hadas y les pidió que le enseñasen a ser bueno y a conseguir la felicidad. Las hadas lo creyeron y lo perdonaron, poniéndole como aprendiz del hada más buena y feliz de todas. Pasaba el tiempo y el duendecillo, en vez de aprender a dar felicidad, empezó a embaucar a su hada maestra e inculcarle los sentimientos de la envidia y del egoísmo. Hizo que el hada se creyese la mejor de todas las hadas del agua, la que más felicidad daba, la que más manantiales cuidaba y le inculcó envidia hacia sus hermanas, incluso en una reunión se propuso a sí misma como reina de todas las hadas del agua. Sus hermanas le respondieron que todas eran iguales y que nunca habría un hada reina, la felicidad sería compartida al igual que el trabajo. Volvió enfadada el hada a sus manantiales y allí volvió a escuchar al duendecillo quien le dijo que se vengara de sus hermanas envenenando los manantiales, destruyendo así la felicidad que hasta ese momento habían disfrutado todos los seres que bebían el agua de estas fuentes. Así lo hizo el hada y envenenó los manantiales con los malos sentimientos de egoísmo, odio y envidia.

Cuando las hadas del agua supieron de las malas acciones de su hermana, aconsejada por el duendecillo envidioso; llamaron a ambos y por medio de un hechizo los convirtieron en dos piedras, arrojando al duendecillo a una sima que llegaba al mismísimo centro de la tierra, lugar del que jamás podría volver. La otra piedra, fue desterrada de los manantiales y la encerraron en el tronco de un olivo que empezaba a crecer, allí el hada permanecería todo el tiempo necesario para su arrepentimiento, momento en que el olivo la liberaría.



Después el hechizo se rompería, cuando un ser de buen corazón devolviese la piedra a los manantiales de agua; en donde el hada una vez libre, volvería a impregnar de felicidad el agua de aquellos parajes.

María de los Amores escuchaba atentamente, aunque lo hacía con incredulidad. De vez en cuando miraba a su alrededor, intentando evitar que alguien la viese hablar con una piedra y la tratasen de loca o tonta, mientras tanto la piedra en forma de corazón seguía hablando.

-¡Eh, no te distraigas y atiéndeme!- dijo la vocecita-. Yo soy el hada mala que está encerrada en esta piedra, ahora que tú me has encontrado, devuélveme a los manantiales y así me ayudarás a reparar el mal que hice en el pasado y devolver la felicidad a quienes beban de las aguas. Pero devuélveme rápidamente y no me tengas mucho junto a ti, porque si me retienes, en esta piedra aún quedan resquicios de egoísmo y envidia que se irían apoderando poco a poco de tu corazón y te harían ser infeliz a ti y a todos los que te rodean.

-No sé, no creo lo que me está pasando hoy – dijo la niña a la vez que volvía a aproximar la piedra al fuego.

-¡Detente por favor, haré lo que tú me pidas!- suplicó el hada de la piedra- ¡pídeme un deseo y verás cómo te complazco!

Sin darse cuenta, Amores volvió a apretar la piedra en su mano y su pecho le empezó a doler otra vez como cuando estaba delante de la señorita Alejandra y de nuevo volvió a sentir envidia hacia la niña rica. Abrió la palma de la mano y le dijo al hada encerrada en la piedra:

-Mi mayor deseo es ser igual que la señorita Alejandra, y si en dos días esto no pasa, te echaré al centro de la lumbre.

Después de hablar con la piedra, Amores guardó la misma en un bolsillo de su abrigo, cogió las otras piedras calientes y se marchó hacia el tajo en donde estaba su madre. El hada de la piedra había comprobado que los malos sentimientos se estaban adueñando del corazón de la zagalilla Amores.

Mientras tanto en el tajo de avareo, don Fermín Vidal hablaba con el manigero sobre la recolección de la cosecha de este año y la calidad de la misma. Comentaba también el dueño de la finca que el molino de aceite, ya se había abierto y estaba funcionando a tope y las trojes se iban llenando de aceituna en espera de ser molida; el caso es que en la almazara estarían moliendo incluso un mes después de que se acabase la recolección. Luego don Fermín preguntó por Miguel García:

-¡Pedro, no veo la vara de Miguel! ¿Me hace usted el favor de avisarle para que venga a verme?



-¡Ahora mismo le aviso! Y es que su vara está metida ahí en el venaje y desde aquí no lo jipamos-. Respondió el manigero y marchó en busca de Miguel.

Llegó Pedro a la altura de la vara en donde estaba Miguel García y dirigiéndose a él, le dijo:

-¡Miguel, vete para el camino que te está esperando don Fermín, que quiere tratar un asunto contigo!

Hincó Miguel su vara en el suelo y rápidamente se encaminó hacia el lugar en donde estaba esperándole don Fermín.

-¡Buenos días don Fermín! ¿Quería usted verme?- preguntó Miguel.

-¡Buenos días, Miguel!, si le he dicho a Pedro que te llame porque quiero comentarte algo relacionado con tu familia- respondió don Fermín.- como sabrás Miguel, estoy al tanto de la enfermedad de tu hija; mi amigo Arturo Cerdá, me ha ido informando de la evolución de la misma y de cómo estáis esperando todos a que la niña cambie a moza y con un poco de suerte la enfermedad desaparezca. Pero si esto no ocurre, sabes que tu familia puede contar conmigo para llevar la zagalilla a Granada a que la traten los colegas de nuestro buen médico, don Arturo. Yo correría con todos los gastos derivados de este trance; y mientras tanto y sabiendo que la zagala está estos días recogiendo aceituna cómo la que más, he pensado y lo he hablado con mi mujer, de que la zagala se suba al caserío y durante las vacaciones de mi hija Alejandra, esté allí con nosotros, acompañe a Alejandra y se quite de estar pasando calamidades aquí en medio de los olivares. Así que mañana la coges y la llevas al caserío y ya verás como allí lo pasa bien y no le falta de nada, vosotros os quedáis más tranquilos; incluso podéis subir a verla a menudo.

Miguel escuchó la propuesta de don Fermín y la verdad es que le pareció muy bien que María de los Amores pasase una temporada en el caserío y que se quitarse de encima los hielos y fríos de la temporada de la aceituna. Aparte dejaría ir a la chiquilla a dar compañía a la señorita Alejandra, ya que su familia estaba muy agradecida a los apellidos Vidal por el buen comportamiento recibido por parte de los dueños de "Aguas Blancas".

-Como usted mande, don Fermín; este medio día se lo digo a la Teresa y que mañana antes de venir al tajo, apañe a la zagalilla y yo la subiré al caserío.- dijo Miguel.

-No hace falta que la zagala traiga ningún hatillo, allí en el caserío tenemos ropa nueva y como veo que las niñas son del mismo cuerpo, la vestiremos como a Alejandra.- propuso don Fermín.

-¡Así sea, a mandar don Fermín, que pa eso estamos; quede usted con Dios y mañana nos veremos allí en el caserío!- se despidió Miguel a la vez que se volvía a encaminar hacia el venaje de olivos en donde estaba su cuadrilla.

El silbido largo del manigero indica que es la hora de la comida. Hombres y mujeres se dirigen hacia donde están las lumbres y el hato. Durante la comida Miguel comenta con

su mujer el deseo de los dueños del cortijo con respecto a su hija Amores. Luego la noticia corre como la pólvora entre los demás aceituneros, alegrándose la mayoría de la suerte de la zagalilla

Acabada la comida, todo el mundo vuelve al tajo, durante toda la tarde las mujeres hablan y bromean acerca de que los dueños de la finca acogiesen en su caserío a la zagalilla durante la estancia de la niña Alejandra. Los hombres también hacen algún comentario sobre este tema, pero pronto se olvidan, siguen vareando a la vez que cantan algún aguilando, esperando que el trabajo se haga más llevadero y a la espera de oír el último silbido de la jornada. María de los Amores escucha y calla; y mientras acaricia la piedra mágica, piensa que sus sueños se van a hacer realidad y que toda aquellas gentes sólo tienen envidia de ella.

A la mañana siguiente y muy temprano se presentó Miguel con su hija en la puerta del caserío. Venía la zagalilla vestida con la ropilla de todos los días, aunque su madre se la había lavado y secado durante la noche anterior, zurciéndole los rotos bien temprano a la luz del candil. Teresa lavó la cara y manos de Amores, después de vestirla la peinó y a continuación se despidió dándole varios abrazos y besos.

-¡Buenos días Miguel! Veo que habéis madrugado.- les saludó don Fermín a la puerta del cortijo.

-¡Salud nos de Dios, don Fermín!- respondió Miguel García.- ¡Sí señor! Hoy nos hemos levantado temprano, ya que después de dejar aquí a la zagalilla he de apresurarme si quiero llegar al tajo antes de que las cuadrillas se enganchen a trabajar.

-Pues nada, deja a María de los Amores al cuidado de Luisa la criada y vete para el tajo. Seguro que a media mañana bajaré a echar un vistazo y a hablar con Pedro Cocote.- dijo don Fermín mientras despedía a Miguel y entraba de la mano a la niña dentro del cortijo.

Le entregó don Fermín la zagala a Luisa, y ésta se la llevó a la cocina, en donde la criada calentaba en la lumbre un buen caldero de agua encima de unas grandes trébedes. En el centro de la estancia había un gran barreño mediado de agua humeante. Luisa, que era una mujer de carácter fuerte y oscuro, se dirigió secamente a la niña y le dijo:

-¡Vamos niña, desnúdate y métete en el barreño, que te voy a pegar un buen fregao! Después te perfumaré para que huelas como una señorita de verdad y no como una porquera que está guardando marranos en los rastrojos.

Obedeció la zagalilla y rápidamente se desnudó, metiéndose a continuación en el barreño de agua caliente, no quejándose de lo caliente que estaba el agua, por temor a la contestación de la malhumorada criada. Cumplió Luisa su palabra a rajatabla y con un estropajo de esparto y un buen trozo de jabón, limpió de arriba abajo a la chiquilla; poniendo especial atención al pelo de la misma. Mientras bañaba a la niña, Luisa le decía a esta:

-Bien conozco a tu madre Teresa y sé lo trabajadora y limpia que llega a ser, pero cuando se trabaja en las temporadas del campo a veces se descuidan las faenas del cuidado de la casa y de los hijos y en estas ocasiones aparecen huéspedes en las cabezas y ropas de los chiquillos, enramblándose rápidamente todos los zagalillos que estén por la zona y también algunos que no son tan zagales y que parecen tener miedo al agua y al jabón. Por eso la señora Clara me ha encomendado que te asee bien y que luego te vista con ropa de la niña Alejandra. Ahora después recogeré los itajos que traías puestos y los quemaré para evitar males mayores.

Dejó Luisa a la niña a remojo y empezó a recoger la ropa que había traído la zagalilla, con la intención de echarla al fuego; pero al mover la ropa, cayó una piedra al suelo de la cocina, agachándose la criada a recogerla y una vez en su mano se dirigió hacia Amores y le preguntó:

-¿Y esta piedra? ¿Por qué la llevas y para qué la quieres? Esta también va de camino junto a la ropa.

- ¡No por favor, no me tire la piedra!- suplicó Amores.- esa piedra la llevo siempre conmigo y hasta ahora me ha dado suerte.

Luisa a pesar de su mal carácter, no era mala persona y viendo como Amores le suplicaba por la piedra, decidió dejársela y no darle ningún disgusto a sabiendas de su enfermedad.

-Bueno, la dejaré ahí en el defán de la chimenea y cuando te vistas la puedes recoger; pero para mí la suerte no la dan las piedras ni ninguna otra cosa, sino que cada uno de nosotros sale con ella ó se la tiene que buscar.- dijo la criada.- ¡Ahora sal del agua y sécate! Yo voy a por la ropa y después te ayudaré a vestirme y a ponerte guapa para que te vean la señora Clara y su hija Alejandra.

Vistió Luisa a la zagalilla, la peinó y la perfumó con la misma colonia de Alejandra, luego las dos se dirigieron hacia el gran salón en donde se encontraban las dueñas del cortijo, pero antes de salir de la cocina, Amores le pidió a Luisa que le alcanzase su gabán que estaba en el defán y se guardó en el bolsillo la piedra en forma de corazón. En el salón y cerca de la chimenea se encontraban Clara y su hija Alejandra, las cuales se quedaron sorprendidas al ver el cambio realizado por Luisa; María de los Amores estaba realmente guapa con aquel vestido, el cual resaltaba la piel morena y el pelo negro de la niña. Amores sonreía y sus brillantes e inquietos ojos no paraban de mirar de un lado para otro, contemplando lo bonito que era todo aquello; también observaba a la señora Clara, la cual tenía mucho porte y señorío; la niña Alejandra le pareció que iba vestida de dulce, con su delicada piel rosadita y su pelo rubio y rizado.

-¡Estas preciosa Amores!-saludó la señora Clara.-¡Ven a la mesa con nosotras y desayuna, seguro que aún no has comido nada esta mañana!

-¡Hola Amores, mi mamá tiene razón hoy estas muy guapa; por favor siéntate aquí a mi lado!- corroboró y pidió Alejandra.

-¡Buenos días señoritas, ustedes también están muy guapas y elegantes!-dijo Amores.- además mis padres me han dicho que me porte decentemente con la familia Vidal.

Se sentaron las tres a la mesa y mientras Luisa y otra moza servían el desayuno y durante el mismo, la señora Clara comentaba a María de los Amores que mientras Alejandra estuviese allí de vacaciones, ella estaría a su lado para acompañarla y jugar con ella, siendo tratada por todos como si se tratase de la misma Alejandra y que cuando su hija volviese al colegio interno de Granada, don Fermín en acuerdo con don Arturo y los padres de la zagalilla, en cuanto lo creyesen oportuno la llevarían a los médicos de Granada, a curar su enfermedad. Don Fermín pagaría todos estos gastos, debido a la imposibilidad económica de la familia de Amores.

María de los Amores a la vez que comía, escuchaba a la señora Clara y le parecía muy bien todo aquello que estaban haciendo por ella, y sólo a cambio de dar compañía a la señorita Alejandra. Pero una vez acabado el desayuno, y sin saber cómo, Amores metió su mano en el bolsillo y volvió a coger y acariciar la piedra en forma de corazón; inmediatamente el corazón de la zagalilla empezó a latir más fuerte y su pecho empezó a dolerle otra vez, y lo más extraño es que ahora Amores miraba a las dueñas del cortijo de una manera muy especial: las odiaba, por ser tan guapas y tan buenas, además el sentimiento de envidia se apoderó otra vez de su corazón, y solo deseaba ser mucho más que ellas; la envidia la corroía por dentro. Al soltar la piedra la paz volvió otra vez a su pecho.

A partir de ese día las dos niñas se hicieron casi inseparables, iban a la almazara y veían como se molía la aceituna: los molineros la cogían de las trojes y la ponían donde las gigantescas piedras cónicas la machacaban dando vueltas gracias a unos burros que con los ojos tapados para no marearse, giraban en torno al molino hora tras hora, luego la masa aplastada era recogida y puesta en tandas de capachos, los cuales se prensaban; escurriendo el aceite hacia los pozos y el orujo, (huesos y pellejos) se destinaba a los hornos de pan. Más adelante cuando el aceite había reposado en los pozos y las turbias quedaban en el fondo de los mismos, el aceite se guardaba en grandes tinajas de barro de muchas arrobas de cabida. A las niñas también se las veía andar cerca de las zahúrdas, en donde se encontraban los marranos; unos que dentro de poco iban a ser sacrificados, y los otros que eran los que se dedicaban a la crianza y posterior engorde. Otras veces subían las niñas al palomar a ver los pichones de las palomas zuritas y a sus padres que con vuelos rápidos salían a buscar comida a los campos. Por la tardes las niñas tenían que atender a unas clases de lectura y escritura, que doña Clara les impartía; Alejandra demostraba estar muy suelta en la lectura, escritura y cuentas, mientras que la pobre Amores apenas reconocía las letras y las cuentas las hacía con los dedos, y es que ella no había ido nunca a la escuela, solamente había asistido en varias ocasiones a unas clases que daba el viejo maestro don Antonio; un maestro de escuela cojo que iba por los cortijos y daba clase a todo el que quisiera aprender un poco, todo a cambio de cobijo, un plato caliente y algunos cuartos.

-¿Eh señoritas a donde van ustedes con tanta prisa?- preguntó Luisa; que iba cargada con un tabaque lleno de ropa sucia en dirección al lavadero de la acequia grande.

-Hemos pedido permiso a mi madre y vamos al cerrillo del chaparro; ya que desde allí podemos ver cómo sube el tren desde la estación de Huesa hacia la de Cabra.- respondió Alejandra.

-Tengan cuidado las señoritas, no se vayan a perder; por ahí va Juan el guarda, le voy a llamar y que las acompañe, así todos estaremos más tranquilos.- dijo Luisa mientras soltaba el tabaque y se dirigía a hablar con el guarda de la finca.

Acompañó el guarda a las chiquillas hasta el cerrillo del chaparro y una vez allí les dejó los prismáticos, para que pudiesen ver mejor el tren en la lejanía, luego les dijo:

-Mientras ustedes esperan a que aparezca el tren, yo voy a dar una vuelta por los alrededores a vigilar el terreno, luego las recogeré y nos iremos todos para el caserío con hora de comer; además hoy hace mucho frío y la Luisa me ha recetado que cuide bien de ustedes.

Alejandra le había contado a María de los Amores que un día su padre la había traído al cerrillo, desde el que se veía muy bien subir el tren del mediodía; tren en el que sus padres la llevaban a estudiar a Granada. Otro tren volvía a pasar sobre medianoche también en la misma dirección, y que en dirección contraria bajaban otros dos, uno muy de mañana y otro por la tarde.

Amores escuchaba y a la vez se impacientaba; ella también había visto el tren desde muy de cerca, un día que su padre la llevó junto con sus hermanos a recoger piedras negras en las vías del tren, piedras que caían de la vagoneta que alimentaba la locomotora. Su padre y sus hermanos recogían las piedras a las que llamaban carbón y llenaban el serón de la mula, luego en la chimenea del cortijo ardían muy bien y daban mucho calor. Recordaba que cuando sus hermanos estaban terminando de llenar el serón, apareció el tren por las trincheras y que andaba muy lentamente; también recordaba que pitaba fuertemente y de la chimenea de la locomotora salía un verdadero volcán de humo. Era la primera vez que Amores veía pasar el tren de tan cerca; la locomotora tiraba de varios vagones, unos de madera acondicionados para llevar pasajeros y los otros vagones se destinaban a llevar materiales y mercancías. Para Amores la visión del convoy fue algo especial y más cuando se dio cuenta que algunos pasajeros les saludaban. Sus hermanos salieron corriendo al lado del tren, y como no iba a mucha velocidad se subieron de un salto a la vagoneta que llevaba las piedras negras que alimentaban la caldera de la locomotora; los zagalones intentaban echar algunas piedras al campo y luego recogerlas, pero el ayudante del calderero estuvo atento y con un gran escobón negro consiguió desalojarlos y expulsarlos unos metros más arriba. Los zanguangos volvían para atrás recogiendo las piedras que habían conseguido en su pequeño atraco a la vagoneta, pero cuando llegaron a la altura de Amores y de su padre, todos se echaron a reír, debido a que los zagalones estaban completamente negros a causa de los escobazos del calderero del tren. Mientras tanto el tren empezaba a desaparecer otra

vez entre las trincheras; Amores lo veía alejarse y desde ese día ella no hacía otra cosa que pensar: "Ese es el tren en el que un día me he de subir y que me llevará a que me curen en Granada".

-¡Mira Amores, ya se ve!- dijo Alejandra a la vez que señalaba hacia un punto en donde se podía ver la humareda de la locomotora.-Toma los prismáticos y veras lo cerca que parece estar.

Amores cogió los prismáticos y volvió a ver otra vez aquel tren con el que soñaba todos los días; y la verdad es que parecía estar muy cerca, pero cuando no miraba por los prismáticos, el tren parecía alejarse y disminuir otra vez. Durante un buen rato las dos niñas estuvieron observando el mismo, mientras este subía por las vías con su inconfundible humareda y sus fuertes pitidos, los cuales se oían por toda la comarca.

-¿Qué les parece a las señoritas si nos bajamos ya para el cortijo?- dijo Juan el guarda que ya volvía de su ronda.- Empieza a hacer bastante frío y es la hora de comer. Aquí traigo unos conejos que he pillado en los cepos, luego se los daré a Luisa para que los guise y se los sirva sobre todo a la señorita Amores, que para lo suyo le va a venir bien esta carne de caza.

Mientras bajaban los tres hacia el caserío; Amores metió las manos heladas en el bolsillo y allí estaba su piedra, la cual volvió a acariciar y apretar entre sus dedos. Y así otra vez el pecho empezó a dolerle, luego empezó a sentir ahogos y los labios se le pusieron morados. En estos momentos a la zagalilla se le vino a la mente el tren y volvió a odiar y envidiar a la señorita Alejandra por haber viajado antes que ella en él y se propuso que pronto sería ella la que se subiría en aquel maravilloso tren. Miró también al guarda y pesaba: "¿Por qué Juan tenía que traerle los conejos y tratarla como a una enferma desamparada? ¿Acaso el guarda de la finca le tenía lastima y compasión, o solamente era pura envidia?"

Juan y Alejandra se dieron cuenta de que algo le pasaba a la zagalilla; y el guarda se acercó a la niña y moviendo su cuerpecillo le preguntó:- ¿Amores, que te pasa que estas morada? ¿Te has quedado helada ahí arriba? ¿Estás cansada, quieres que te lleve en brazos?

Al mover Juan el pequeño cuerpo de la niña y ésta al prestarle atención al guarda; la mano se abrió dejando otra vez la piedra en el bolsillo, los dolores y el ahogo desaparecieron.

-Ya se me ha pasado y no me duele nada, podemos seguir andando.- respondió la zagalilla.

Un rato más tarde Juan le comentó a Luisa lo ocurrido a la zagalilla y la forma tan extraña con que Amores lo había mirado y la contestación seca e impropia de la niña. Luisa le dijo a Juan que no le hiciese mucho caso; pues seguramente la zagalilla se volvía de carácter agrio, debido a los ataques que le producía su enfermedad; después tranquilizó al guarda diciéndole que ella misma le echaría un ojo a la chiquilla.

Ya faltaba muy poco para la Nochebuena; las gentes seguían con la temporada de la aceituna: unos avareando y recogiendo las negrillas, otros acarreándolas a la almazara para ser molidas y allí los otros sacando el oro líquido de las aceitunas. Ramoncillo el de “Los Higos” venía a menudo con las bestias cargadas de aceituna y una de estas veces que iba a depositar la carga en las trojes, se encontró con las dos señoritas en el portalón de la almazara; se detuvo delante de ellas y les dijo:

-¡Buenas, tengan las señoritas! ¡Pero... si es mi novia Amores! Dime, ¿que tal estás? Vestida así no te había reconocido y con esa ropa te veo pero que muy guapa.

Días atrás Amores se hubiese sentido muy feliz y dichosa de escuchar estas palabras dichas por el zanguango. Pero ahora estos comentarios no le hicieron mucha gracia, y menos delante de Alejandra que contemplaba la situación con cara sonriente. Amores con su mano en el bolsillo del abrigo y sus dedos acariciando su preciada piedra, respondió a Ramoncillo de esta manera:

-Tú y yo no somos novios; ¿Cómo iba a ser yo la novia de un desastrado como tú?; que vas siempre muy descuidado, a veces con los pantalones rotos y casi siempre con los peales sueltos, que lo que pareces es un arrastra barros. Y ahora la señorita Alejandra y yo nos vamos y te dejamos para que cumplas con tu trabajo de borriquero.

Ramoncillo no daba crédito a las palabras de Amores; recordaba como la niña hasta hacía unos días era una buena zagala que ayudaba y también se desvivía por los demás. “¿Qué le había pasado en tan poco tiempo?” Ahora en plan de guasa y para quitarle importancia a sus palabras, le dijo así:

-¡Vaya con María de los Amores, qué redicha y enterada te has vuelto desde que vistes como una niña rica! Pero que sepas, que tú y yo, seguimos siendo novios. ¡Queden con Dios las señoritas!- y Ramoncillo siguió hacia las trojes a descargar las bestias.

Una mañana temprano, apareció Manuel el pastor en la puerta del caserío; traía unos pocos calostros recién ordeñados para la zagalilla Amores; venía el pastor acompañado de su inseparable perra “La Mora”. Salió a recibirle la criada Luisa, que después de preguntarle lo que quería, entró y llamó a la niña. Salió Amores por la puerta del cortijo y “La Mora” al verla se fue corriendo hacia ella con la intención de saltar y jugar como siempre lo hacían. Pero la perra se detuvo unos pasos antes de llegar hasta donde estaba la niña; empezó a olfatear el aire y entonces el animal empezó a gruñir y a enseñarle los dientes a la zagalilla; su instinto animal le decía que aquella no era la zagalilla de siempre y que su corazón no era el mismo.

-¡Tuuves, quítate de en medio si no quieres que te pegue una pedrada! ¿Acaso ibas a morderme? ¡Vete, vete, perra mala!- amenazó Amores a “La Mora” con tirarle la piedra que llevaba en su mano.

-Los calostros que te he traído, te gustaran como siempre y es que son de los primeros que ha dado la cabra.- dijo Manuel Quesada, a la vez que le ofrecía la leche a la zagala.



-Ya no me gustan los calostros, así que se los das a otros, y de paso te llevas la perra que me ha tomado manía.- contestó Amores con malos modos.

-¡Manuel, dame los calostros a mí; que siempre habrá alguien a quien le gusten y sepa agradecerme este favor!- habló Luisa al pastor.- ahora después hablaré muy seriamente con esta niña que lleva unos días que está muy arisca.

Se despidió Manuel el pastor y junto a su perra se dirigió hacia el camino que llevaba a las majadas, en donde estaban las cabras. Iba el hombre pensando en la niña Amores y el mal recibimiento que había tenido con él y con "La Mora". El ya había oído rumores del cambio experimentado por la niña desde que estaba en el caserío con los señoritos.

-¡Vamos a ver, Amores! ¿Qué te está pasando y porqué estás tan rara y tan impertinente? Ayer le despreciaste el pan blanco al panadero Diego Pajares, diciéndole que ahora tenías a tu alcance todo el pan que necesitabas; el zagalón te pidió perdón y dijo que se lo llevaría a tus hermanos y a la abuela Fausta, y seguro que ellos se lo agradecerían. La otra tarde, cuando vinieron los "Cristobicas" y supieron de que estabas aquí, uno de ellos, como de costumbre, te regaló unas alpargatas, y tú tuviste la cara de enseñarle las botas que te dio la señora Clara y le dijiste que con aquel calzado, tus pies no pasarían tanto frío como con las alpargatillas; el recovero defraudado las volvió a guardar y poniendo cara de sorpresa se despidió marchándose con sus mulos, y ya en camino comentaba con su compañero tu descaro con él, sabiendo que ellos siempre se habían preocupado por ti. Y hace un rato te has encarado con el pastor y con su perra. Tú estás tratando muy malamente a la gente que siempre se había portado bien contigo y que te ha ayudado desde que conocen tu mal.- preguntó y reprochó Luisa la conducta de Amores.

- A mí no me pasa nada, lo único es que la gente me envidia desde que estoy aquí.- respondió Amores a la criada, a la vez que se retiraba para adentro del cortijo.

Una tarde y después de soltar del tajo; los padres de Amores se acercaron al caserío a ver a su hija y descubrieron que la niña estaba hecha un primor, incluso parecía hermana de Alejandra, pero también se dieron cuenta de que la niña estaba muy poco cariñosa y a veces huidiza. Ahora comprendían de los rumores que corrían por los tajos, sobre su niña Amores.

Al despedirse Teresa de su hija la abrazaba y besaba, mientras le preguntaba:

-¿Qué te pasa mi niña? ¿Te duele algo? ¿Estás enfadada? ¿Te quieres bajar con nosotros a nuestro cortijo? Anda, se buena y dime lo que te pasa.

-¡Ay mama! Que a mí no me pasa nada, que aquí en el caserío estoy muy bien con los señoritos y sobre todo con la señorita Alejandra. Todos ellos me tratan bien, lo que pasa es que la gente parece haberme tomado manía y también envidia.- respondió la zagalilla

-Pórtate bien, que nadie tenga nada que decir de ti; ahora nos vamos que están tus hermanos solos en el cortijo. Vendremos para la comida de Navidad y subiremos con todos.-

se despidieron los padres de la niña; que una vez a solas en el camino hacia su cortijo, comentaban entre ellos lo cambiada que estaba Amores y la preocupación y desconsuelo que les había producido la visita a su hija.

Llegó la Nochebuena y María de los Amores no recordaba otra igual; habían venido del pueblo los padres de los señoritos y cuando llegó la hora de cenar, la mesa del salón estaba llena de comida, con un gran pavo asado en el centro de la misma y un montón de platos con cosas que la zagala nunca había visto; también había botellas de vino y de licores. Amores disfrutaba probando de todos los platos, observaba a los mayores que comían con mucha solemnidad, mientras que ella y Alejandra cuchicheaban y reían. La zagalilla también se dio cuenta que aquella era una cena de familia en la que todos eran felices, y que ella misma era tratada al igual que la señorita Alejandra. Después de la cena aparecieron varios vecinos de los cortijos de al lado y el señorito les invitó a unos licores y polvorones; también sacó don Fermín unas botellas de vino especial al que llamaban “chanpan”, las cuales al descorcharlas hacían ese ruido tan parecido al tiro de una carabina, y que luego dentro del vino aparecían muchas burbujas que se movían inquietas de abajo arriba. Amores con la boca abierta observaba como aquellas burbujas se movían en los vasos y quienes las bebían cantaban y bailaban en aquella Nochebuena.

Aunque Amores estaba pasando su mejor Nochebuena, se le vino a la mente las noches de años pasados en las que ella recordaba a su madre guisando un gallo que se había guardado para esa ocasión, también había carne de caza y alguna botella de vino; después de comer estos guisos, el padre de familia cogía una sartén y hacía unas molinadas de rosas, estando todos los zagalillos alrededor del padre, pendientes a los saltos y crujidos que hacían los granos de maíz al calentarse en la sartén, que tapaban con un rosero de esparto para que las rosas no se saliesen fuera. Luego más tarde aparecían los vecinos y su madre sacaba unos mantecados, nochebuenos y algunos almendrados, que había preparado unos días antes y que los había tenido guardados para esa noche; el padre sacaba también una botella de aguardiente a la que ponía un pitorro de caña, ofreciendo un trago a los visitantes. Entre todos los vecinos organizaban bailes y cantaban aguilandos durante toda la noche. Mozos y mozas cogían una espuerta con mantecados, y con zambombas, panderetas, castañuelas, botellas rizadas y cualquier objeto que hiciese ruido, iban de cortijo en cortijo cantando aguilandos y bailando, despertando a sus moradores para seguir con la jarana hasta el amanecer. Así pasaban la Nochebuena las gentes pobres de “Aguas Blancas”.

Vino Luisa y se llevó a las niñas a su cuarto, quedándose la gente mayor bailando y cantando en el salón hasta altas horas de la madrugada; alguien entró de la calle diciendo que había empezado a nevar. Las niñas antes de acostarse se asomaron por la ventana y pudieron ver los primeros copos. Una vez acostadas, Amores apretó en su mano la piedra mágica y el hada encerrada en ella preguntó:

-¿Qué te pasa ahora? ¿Por qué aprietas con tanta fuerza la piedra?

-Ahora que se cumplió mi deseo de vivir como la señorita Alejandra, parece que me falta algo, pues durante la cena me he dado cuenta de que todos eran felices, menos yo, porque echaba de menos a mi familia. Antes de encontrarte, yo también era muy feliz y ahora siento mucha envidia de todos ellos. Así que ahora deseo ser feliz.- le dijo la zagalilla al hada.

-Cuando me encontraste, te advertí que me llevaras a los manantiales y me dejaras en el agua, pero me guardaste junto a ti y la parte mala de la piedra se fue apoderando poco a poco de tu corazón. Ahora que has conseguido ser igual que la señorita Alejandra, te has dado cuenta de que así no eres feliz. Llévame a los manantiales y veras como la felicidad vuelve a tu corazón.-habló el hada desde su prisión de piedra.

-Te llevaré a esos manantiales, una vez que se cumpla mi deseo de subirme al tren y de que me curen los médicos; si no me ayudas te arrojaré a cualquier lumbre y morirás.-amenazó María de los Amores, dejando la piedra debajo de su almohada.

Todos los años y en el día de la Navidad, don Fermín sacrificaba unos chotos y compraba unas arrobas de vino, invitando a todos los vecinos y jornaleros a una gran comilona que celebraban en los grandes patios y almacenes del caserío. A este gasto asomaban todos los cortijeros y aceituneros con sus respectivas familias. Este año había nevado la noche anterior, pero cuando llegó la hora del banquete, parte del lienzo blanco que había cubierto los olivares de "Aguas Blancas" había desaparecido. Había varias sartenes llenas de choto frito con ajos y picante; los hombres y mujeres se acercaban a las mismas con navaja en mano, pinchaban la carne y daban paso atrás para que otros accediesen a las tajadas de choto. A los más pequeños les habían sacado la carne en unas cazuelas de barro y allí metían las manos, no marraneando así en las sartenes de los mayores.

-¡Que no pare la bota ni los porrones!-dijo Pedro Cocote-, aquí estamos mucho mejor que pegando palos a las olivas. ¿No os parece?

-¡Viva don Fermín y su familia!-gritó un jornalero.

-¡Qué vivan!-respondieron todos.

Don Fermín como buen anfitrión hablaba con todos y se preocupaba por el estado de algunas familias. La señora Clara hacía lo mismo con las mujeres; los vecinos y jornaleros pasaban un día a lo grande y se lo agradecían a la familia Vidal. La señorita Alejandra y María de los Amores estaban un poco apartadas de la gente, y cuando los zagales se acercaron a ellas con la intención de hablar y después jugar al escondite o a tirarse bolas de nieve; Amores les dijo que ellas no jugaban y se metieron en el caserío. Los zagales que habían sido hasta hacía poco los compañeros de juegos y travesuras de Amores, quedaron desconcertados y se dieron media vuelta, y como ya tenían llena la barriga de carne y pan, se fueron a jugar con la nieve. La gente siguió comiendo y bebiendo hasta bien pasada la tarde y luego al igual que habían venido cada uno se fue hacia sus cortijos.

Los padres de la zagalilla antes de irse para su cortijo, estuvieron un rato hablando con don Fermín y con la señora Clara, acerca del comportamiento tan extraño de Amores desde que vino al caserío. Quedó don Fermín en avisar al médico del pueblo para que se pasase por el cortijo y examinase a la chiquilla, pues seguramente ese comportamiento se debería a la enfermedad de Amores. Y si después del reconocimiento, don Arturo Cerdá consideraba necesario llevarla a operar; el propio don Fermín llevaría a la zagalilla a Granada acompañada de su madre Teresa.

-¡Amores, ven y danos un beso antes de irnos!- dijo Teresa a la zagala,-toma también esta bufanda de lana que te ha tejido la abuela Fausta, ya que la pobre no ha podido subir por miedo a caerse con la nieve.

Se acercó Amores a sus padres; les dio unos besos y despidiéndose secamente de ellos les dijo:

-Ya me he despedido de mis hermanos y de mucha gente que no hace nada más que preguntar por mi salud y parecen que me tienen pena. La bufanda de la abuela Fausta se la dais a alguno de mis hermanos y espero que cuando venga el médico me llevéis por fin a curarme y que todos dejen de tratarme de forma tan lastimera.

Estas palabras cayeron como una losa encima de los padres de la niña; Miguel García levantó la mano con la intención de darle un guantazo a su hija, como castigo a las impertinencias que estaba diciendo y a la falta de respeto hacia los que estaban allí, pero se detuvo recordando que su hija estaba enferma y que aquello era un ataque o algo parecido, que hacía que la niña perdiese la cabeza y dijese aquellas tonterías. La escena había ocurrido estando también presentes la familia Vidal y Luisa la criada, que suavizaron la situación dando por hecho que Amores estaba cada vez peor. Los padres de la zagala se marcharon para su cortijo, tan desesperados y apenados como en su última visita al caserío.

Pasaron algunos días y a principio de año apareció don Arturo, el médico del pueblo, que después de examinar a María de los Amores, propuso que en la próxima primavera habría que llevar a la niña a Granada ya que su corazón se hacía cada día más grande y que su pecho no crecía al mismo ritmo. Don Arturo también dijo que escribiría a sus colegas para que fuesen preparando la operación; ahora solo había que esperar y tratar de no dar muchos disgustos a la zagalilla y no tomarle en cuenta aquellos arrebatos pasajeros que le daban.

Cuando Amores se enteró que por fin la iban a llevar a Granada para curarla, se puso contenta y apretando a solas la piedra del hada, le dijo así:

-¡Ya sabía yo que me concederías el deseo de ir a curarme lo más rápido posible! Cuando vuelva curada te llevaré a las fuentes y te dejaré libre.

-Yo no te he concedido ningún deseo, ha sido toda esa gente que te quiere y que se preocupa por ti; y tú en cambio, ahora odias a todos ellos por ser buenos y tener buen corazón.-le contestó el hada de la piedra.

Vinieron los Reyes Magos y Amores se sorprendió de los regalos que éstos le habían dejado: ropa nueva, zapatos y sobre todo una muñeca de trapo y cartón; vestidita al igual que una niña de verdad. A la niña Alejandra también le habían traído lo mismo. Ahora se daba cuenta de que la familia Vidal la trataba como a su propia hija. Después recordó que los Reyes que pasaban todos los años por su cortijo eran siempre más pobres, y que a ella y a sus hermanos, solamente les habían dejado una simple naranja y algún mantecado que otro; los juguetes sólo eran para los niños ricos.

Mientras jugaban con sus muñecas, la niña Alejandra le dijo a la zagalilla:

-¡Qué pena que se acaben las vacaciones y tenga que volver al internado!. Te puedo decir que son las mejores que he pasado y que tú tienes la culpa de ello por haber estado todos estos días aquí; aunque a veces te veo muy extraña, sobre todo cuando acaricias la piedra esa que llevas siempre contigo y en alguna ocasión me ha parecido que le hablabas y todo. ¿Esa piedra es un amuleto y te da suerte? ¿Me la enseñas?

- Esta es una piedra mágica y me la encontré yo; ella me ayudará a curarme y como es mía no se la dejo a nadie, ni a ti tampoco, no vaya a ser que me la quiten y no se cumplan mis deseos.-respondió Amores enseñándole a la niña Alejandra el puño en donde guardaba la piedra de forma de corazón.

Alejandra viendo cómo se ponía Amores, desistió de ver la piedra y decidió seguir jugando con las muñecas para que la zagalilla se tranquilizara. Luego y mientras jugaban, ella pensaba si la piedra no se habría vuelto una obsesión para Amores, que esperaba de la misma un milagro para su enfermedad.

Era cerca de medianoche, cuando Amores se despertó sobresaltada; le dolía mucho el pecho, se notaba los labios hinchados, tenía mucha sed y la cabeza parecía que le iba a estallar y escuchaba una voz que le decía, que ya era la hora de coger el tren. Tenía que avisar a sus padres para que la llevaran a la estación. Se levantó sigilosamente y se vistió a oscuras, con el fin de no despertar a la señorita Alejandra que dormía plácidamente en la cama de al lado, luego cogió su abrigo y un gorro, saliendo por la puerta de la cocina y no haciendo ningún ruido para no despertar a nadie. Al salir a la calle la zagalilla se encontró con una fría noche en la que una espesa niebla no dejaba ver más allá de dos pasos, pero a ella no le importó esto; sabía por dónde se iba a su cortijo y con paso decidido empezó a caminar; su mano apretaba con fuerza a su preciada piedra. Caminó durante bastante rato, pero el cortijo de sus padres no aparecía, y ella seguía andando y llegó un momento en que se dio cuenta de que se había perdido, no sabía en donde estaba, la niebla lo cubría todo. Estaba desesperada y sin saber hacia dónde ir, y fue cuando escuchó el silbido lejano del tren que subía sobre medianoche; entonces la zagalilla puso rumbo hacia donde se oían los silbidos del tren.

María de los Amores siguió pensando que el tren la estaba esperando y siguió caminando, pero los pitidos se oían cada vez más lejos y ella se sentía cada vez más cansada, seguía teniendo mucha sed y el pecho le dolía mucho, incluso parecía tener fuego

en el mismo. Al llegar a un cruce de caminos, vio que al lado de unas peñas, nacía un chorrillo de agua que iba a parar a una pequeña poza. Sin fuerzas para seguir caminando, Amores se acercó y se sentó al lado de la poza, estaba exhausta y sedienta; puso sus manos en el chorrillo de agua para beber y al abrir las manos, la piedra mágica cayó a la poza. Según se hundía la piedra en el agua; miles de burbujas de colores se desprendían de ella y zigzagueaban en todas direcciones. Entonces fue cuando la zagalilla escuchó la voz del hada que ahora provenía de las bulliciosas y coloridas burbujas:

-¡Gracias Amores por haberme liberado! Ahora bebe agua de estos manantiales a los que he devuelto la felicidad y veras como tú también vuelves a ser feliz y se cumplirán tus deseos.

Bebió la zagalilla un poco de agua y al momento el ahogo, el dolor del pecho, los labios hinchados y aquella voz interior de su cabeza; desaparecieron por completo. Amores se sintió feliz y sosegada, se recostó sobre las peñas y cerró los ojos. Entonces fue cuando la zagalilla se vio subida en el tren, moviendo la mano y despidiéndose de toda aquella gente que había venido a despedirla y que estaban en aquel andén de madera de la estación de Cabra. Los miraba y los conocía a todos: estaban los aceituneros, Juan el guarda, Pedro Cocote, su novio Ramoncillo y los demás zagales; también estaban los recoveros, la abuela Fausta, Luisa la criada, don Arturo el médico, Diego el del pan y otros cortijeros de las "Aguas Blanca". Allí también estaba la familia Vidal, Manuel el pastor con "La Mora", sus hermanos, sus padres; todos decían adiós y algunos incluso lloraban. Lo extraño era que ella era la única pasajera de aquel tren y se preguntaba el porqué sus padres y el señorito don Fermín no la acompañaban.

El jefe de la estación movió varias veces un banderín a la vez que daba dos golpes de silbato y la locomotora pitó fuertemente y empezó a moverse y a resoplar, mientras arrastraba todos los vagones. Amores seguía moviendo sus manos despidiéndose de todos los que se iban quedando atrás en el andén, quienes respondían moviendo sus manos al aire y a la vez llorando. Solo "La Mora" salió corriendo a la par del tren a la vez que ladraba alegremente; después de un rato la perra se quedó atrás, en lo alto de un terraplén; el animal siguió ladrando durante un rato, pero Amores ya no la escuchaba; la zagalilla se encontraba muy cansada y se dejó caer en el asiento de madera, recostando su cabecita sobre el mismo. Un sueño muy profundo cubrió a María de los Amores.

Y así... recostadita y dormida, con carita de felicidad y paz, fue como encontraron a la zagalilla aquella fría mañana, después de su desaparición del caserío la noche anterior. "La Mora" fue quien la encontró, y acercándose a ella, le lamió las manos y la cara; y su instinto le decía que aquella era la zagalilla de siempre, pero que ya jamás volvería a saltar y jugar con ella. "La Mora" empezó a ladrar lastimeramente y aparecieron Manuel el pastor y Miguel García, quien cogió en brazos a su hija y se dirigió hacia su cortijo, llorando amargamente su pena:

-¡Ay mi Amores! ¡Ay mi Amores! ¡Ay la alegría de mi casa! ¡Ay qué pena más grande, que no te hemos podido salvar! ¡Ay qué pena!

Acabada la temporada de la aceituna, la familia de Miguel García cogió sus bártulos y se fue a otra comarca, en donde volvieron a arrendar otro cortijo; dejando todos ellos un trozo de su corazón en la finca de "Aguas Blancas". En aquella primavera, se construyó un pozo de piedra en el pequeño manantial en donde la niña Amores había echado la piedra mágica y donde había bebido su último trago de agua, el cual le dio la felicidad para siempre. Desde entonces las gentes de los alrededores se acercan a por agua al pozo encalado, con la creencia de que aquella agua concede deseos de enamorados o simplemente da la felicidad y fue por esto que al poco de construirse lo bautizaron con el nombre de "El Pozo Amores".

Aun hoy en los tajos aceituneros de Jaén, siempre hay alguien que recuerda y cuenta la historia de María de los Amores, a quien también llaman "La zagalilla de Aguas Blancas".